



La vocación en los ss.cc. y el Corazón de María

Matías Valenzuela, ss.cc.
Blog Tierra Mojada

Puede resultar extraño poner la atención en el corazón de María en lugar de profundizar en este carisma a través del corazón de Jesús, que es claramente el centro. Pero me ha inspirado el hecho de que nuestra manera de acercarnos y de seguir a Jesús es al modo de María, porque ella junto con ser su madre fue su discípula y su corazón está completamente unido al de su hijo, del mismo modo como nosotros queremos unirnos a él. Por ello, reflexionar sobre el Corazón de María en cierto modo es hacerlo sobre nosotros mismos, acerca de las actitudes que deberíamos animarnos y conducirnos en la apertura a Dios y en el descubrimiento de sus llamadas.

Por otro lado, cabe indicar que los distintos aspectos que se destacan en el carisma de los Sagrados Corazones están muy unidos entre sí, por lo que cualquiera que se escoja para profundizar de algún modo nos lleva a los otros, pero en el caso de María y de la vocación eso es aún más patente, porque ella fue llamada para una vocación única, la de ser Madre de Dios, ella y su vocación son completamente inseparables. Sin esa vocación y sin su respuesta al llamado de Dios no estaríamos aquí y menos estaríamos hablando de ella.

De María se puede partir diciendo que es una mujer, que fue madre y esposa y todo ello es relevante, su feminidad, su maternidad y la sponsalidad, con José y en un cierto sentido con el mismo Dios. Pero todos esos atributos y dimensiones de su ser están íntimamente relacionados con uno que es un aspecto de la vida interior, el hecho de que ella es oyente de la palabra, ella es acogedora de la palabra, es receptiva de ella. María sabe escuchar y a la vez dialogar desde lo hondo de su corazón poniendo en juego todo su ser, incluida su libertad para abrirse al sueño de Dios, a la libertad de Dios que es creativa y dadora de vida y que se acerca a ella para solicitar su colaboración. Incluso esta capacidad de acogida de la palabra en María es signo de su ser femenino. Hay algo muy femenino en la espiritualidad en general, porque implica capacidad de hacer silencio y de escuchar muy interiormente en nuestro ser. Ello también pueden hacerlo los va-



rones, pero para la mujer en cierto modo resulta más natural, porque ella está hecha para recibir una vida nueva en su seno y ahí engendrar, acogiendo al otro, respetando también su libertad. La maternidad implica una máxima receptividad del otro y hay personas que asimilan la vida espiritual al hecho de estar embarazados, porque es como llevar dentro la vida de otro, en este caso de otro con mayúscula, la vida de Dios.

Para nosotros que estamos llamados a unir nuestro corazón al de Jesús tal como lo hizo María: “llamados a entrar con Jesús y como María en el designio del Padre de salvar al mundo por el amor”, implica un camino profundo de encuentro con Dios en nuestro interior, eso requiere atención a la realidad, capacidad de escucha de la Palabra y por lo mismo silencio. María no es una mujer que simplemente esté encerrada en su casa esperando que llegue a ella el ángel de Dios. Ella está en la vida y preocupada de otros. Está por casarse, está a punto de asumir un compromiso definitivo, probablemente muy joven, y con ello iniciarse en la formación de una familia. Luego cuando sabe que su prima Isabel está embarazada parte a verla a las montañas de Judá, para apoyarla, acompañarla hasta el parto y compartir lo que ha recibido como don y como misión. Y cuando llega donde Isabel y ésta la reconoce como madre del Salvador, de su Señor, la Virgen proclama su Cántico, el Magnificat, en el cual habla de la misericordia de Dios que se ha fijado en la pequeñez de su sierva y a la vez se ha preocupado de



su pueblo derribando del trono a los poderosos y a los soberbios, enalteciendo a los pobres y a los humildes y colmando de bienes a los hambrientos. O sea, lo reconoce como el Dios de sus padres que cumple sus promesas y que jamás abandona a su Pueblo. Ella es una mujer de su pueblo, ella no necesita hacerse pueblo, porque lo es, pero nosotros para seguir sus pasos sí necesitamos hacernos Pueblo y vivir su suerte compartiendo sus luchas y esperanzas y con ello dando testimonio del amor de Dios.

Es en esta realidad a la cual debemos estar muy atentos, donde deberemos escuchar a la luz de la palabra evangélica las llamadas de Dios para nosotros y para toda la humanidad. Es ahí donde podremos percibir el sueño de Dios para nosotros. Que cada vez que llama está ejerciendo un acto de amor – alguien podría decir no me ame tanto -, pero es así, su llamada es una consecuencia de su amor, por nosotros y por todo su pueblo. Dios, el Dios que se nos reveló en Jesús despliega su amor llamándonos y así integrándonos en la misión de su Hijo, haciéndonos partícipes de ella.

Es muy hermoso en este sentido, que la vocación y misión de los Sagrados Corazones y su carisma, haya sido ofrecido simultáneamente a un hombre y a una mujer, nuestros fundadores Pierre Coudrin y Henriette Aymer, que se unieron para dar vida a esta familia, al modo como están unidos el corazón de Jesús y el de María, con el Espíritu de Dios en el centro, ardiendo de amor por el Padre y por toda la humanidad, en especial los que sufren, los pobres. Así como estamos llamados a unirnos integradoramente, respetuosa y creativamente, hombres y mujeres a quienes Dios ha llamado a ser

sus hijos e hijas para engarzar a muchos en su misterio de Amor.

Hay otro aspecto que me gustaría destacar en María, la mujer madre de los evangelios y tiene que ver con su sabiduría. Los textos bíblicos indican que ella reflexionaba todas las cosas en su corazón, las masticaba ahí. Es decir, aquello que iba viviendo lo pasaba por el corazón a fin de preguntarse ahí por el querer de Dios y por el modo de responder según su voluntad. Es una persona capaz de hacer pausa antes de actuar y además es capaz de decantar las vivencias, sobre todo las más dolorosas, aquellas en las que al inicio no es posible comprender nada y el dolor nubla el entendimiento y aprieta el corazón – como la muerte de un hijo. Ella es capaz de ir a su interior y ahí volver a mirar la realidad, en silencio, a la luz de la palabra de Dios. Sólo después de ello sale a crear mundo y sobre todo comunidad. Es la mujer del discernimiento. Es la que sabe juzgar entre lo bueno y lo malo para elegir con rectitud. Por ello podemos decir que junto a ser parte de su pueblo es la gran exponente de la sabiduría del pueblo de Israel que sabe “saborear” la vida, leyendo en ella la senda a seguir con paz interior. Insisto en la conexión muy profunda entre atención a la realidad, capacidad de hacer silencio y conexión interior y capacidad de escucha de la Palabra, es decir, iluminación de la realidad por medio de la fe, y finalmente capacidad de elección, por ello mismo, capacidad de dar pasos de riesgo y de compromiso por el amor. Sólo así es posible verdaderamente desplegar una vocación y entrar en la misión que Cristo nos dejó.

Preguntas para el trabajo personal y comunitario

- ¿Te has sentido llamado por Dios? ¿Te has preguntado en serio por el querer de Dios para tu vida?
- ¿Qué actitudes destacarías en María que la hicieron capaz de vivir el llamado de Dios?
- Si nuestra vocación es: “entrar con Jesús y como María en el designio del Padre de salvar al mundo por el amor”, ¿de qué manera podemos concretarlo hoy, personalmente y como comunidad?
- Lo que hemos reflexionado sobre María y la Vocación en los Sagrados Corazones que puede aportar en la tarea educativa y catequética que desarrollas.